

que Pedro le pasaba una pensión, adquirió la certidumbre de que su hermano se había embolsado los cincuenta mil francos; pero en su irritación fingió dudar todavía, por un refinamiento de maldad que lo aliviaba. No cesó de preguntarle con aire de duda, como si siguiese creyendo que se había comido el capital con sus amantes.— ¡Veamos! ¡Mi padre no fué solo!—dijo al fin groseramente.—Ante este último golpe, Adelaida fué á arrojarle vacilante sobre un antiguo cofre, donde permaneció sollozando toda la noche.

Pronto comprendió Antonio que, solo y sin recursos, no podía llevar á feliz término la campaña contra su hermano. Primero trató de interesar en su causa á Adelaida: una acusación lanzada por ella contra su hijo debía traer graves consecuencias; pero la pobre mujer, de ordinario tan dócil y tan indiferente á todo, desde que oyó las primeras palabras de Antonio, rehusó con energía molestar á su hijo mayor.—Soy una desgraciada—balbuceaba.—Tienes razón para encolerizarte conmigo, pero ¡ya ves!, llevar á la cárcel á un hijo mío me ocasionaría demasiados remordimientos. No, no lo haré; prefiero que me pegues.

Convencido de que por aquel sistema no obtendría más que lágrimas, limitóse á decirle que estaba justamente castigada y que no le tenía lástima. Aquella noche, la desdichada, á consecuencia de las continuas quimeras que le buscaba su hijo, sufrió uno de los ataques nerviosos que la dejaban como muerta, rígida y con los ojos abiertos é inmóviles; Antonio la echó encima de la cama, y sin siquiera aflojarle la ropa, se puso á revolver la casa, buscando, por si la infelice tenía algunas economías; encontró unos cuarenta francos, se apoderó de ellos, y en tanto que su madre permaneció allí rígida y sin alientos se

dirigió tranquilamente á tomar la diligencia de Marsella; habíasele ocurrido que Mouret, el sombrerero, casado con su hermana Ursula, debía estar furioso por la conducta de Pedro, y que, sin duda, querría hacer valer los derechos de su esposa. Pero se engañó al juzgar á su cuñado: Mouret le dijo lisa y llanamente que consideraba huérfana á Ursula, y que de ninguna manera quería tener el más leve roce con la familia de su suegra. Sus asuntos marchaban viento en popa.

Antonio, tan fríamente recibido, se apresuró á tomar de nuevo la diligencia; pero antes de partir quiso vengarse del secreto desprecio que leía en las miradas del obrero, y habiéndole parecido que su hermana estaba pálida y fatigosa, tuvo la crueldad de decir al marido al marcharse:—Tenga usted cuidado. Mi hermana ha estado siempre enfermiza, y podría usted perderla.—Las lágrimas que asomaron á los ojos de Mouret le probaron que había puesto el dedo en la llaga. Sin esto de la salud aquellos obreros hubieran sido completamente felices.

Cuando volvió á Plassans, la certeza de que estaba atado de pies y manos le hizo más amenazador todavía. Un mes entero pasó exhibiéndose por doquier; recorría las calles á todas horas, contando su historia á quien quería oírla, y en cuanto lograba sacarle á su madre un franco, se iba á gastarlo á la taberna, vociferando entre trago y trago que su hermano era un canalla, y que á la corta ó á la larga tendría que acordarse de él. La dulce fraternidad que reina entre los adoradores de Baco le proporcionaba un auditorio simpático: todos los perdidos de la ciudad hacían suya la causa de su compañero: á coro decían que Rougon era un miserable que dejaba sin pan á un valiente soldado, y por lo común se levantaba siempre la sesión condenando por una

nimidad á todos los ricos. Antonio, por un refinamiento de venganza, continuaba paseándose con sus pantalones, su kepis de militar y la raída chaqueta de terciopelo amarillo, á pesar de los ruegos de su madre, que quería comprarle un vestido más decente. Los domingos, sobre todo, ponía especial cuidado en exhibir sus andrajos en pleno paseo de Sauvaire. Uno de sus placeres más delicados era pasar diez veces al día por delante del almacén de Pedro; agrandaba con los dedos los agujeros de la chaqueta, acortaba el paso, y á veces se paraba delante de la puerta para permanecer más tiempo en la calle; aquellos días llevaba consigo á algún borracho escogido entre sus amigos, que le servía de compadre; le contaba el robo de los cincuenta mil francos, acompañando su relato con injurias y amenazas en voz alta, de modo que se enterara toda la calle y que sus palabrotas llegaran al fondo de la tienda.—Acabará—decía desesperada Felicidad—por venir á pedir limosna delante de nuestra casa.

La vanidosa mujercilla sufría horriblemente con aquel escándalo; llegó hasta á arrepentirse de haberse casado con Rougon, que tenía una familia terrible; hubiera dado todo lo del mundo por que Antonio dejara de pasear sus harapos; pero Pedro, á quien la conducta de su hermano enloquecía, no consentía que lo nombraran siquiera en su presencia. Cuando su mujer le decía que valla más desembarazarse de él dándole algún dinero, gritaba furioso:—¡No! ¡De ninguna manera! ¡Ni un céntimo! ¡Que reviente!—Sin embargo, acabó por confesar que la actitud de Antonio era intolerable. Un día Felicidad, deseosa de acabar de una vez, llamó á «aquel hombre», como ella decía haciendo un mohín desdenoso. «Aquel hombre» se preparaba á armarle un escándalo, llamándola bribona, en compañía de otro compañero aún más

harapiento que él; los dos estaban borrachos.—Ven—dijo Antonio á su compañero con voz aguardentosa,—ahí dentro nos llaman.—Felicidad retrocedió murmurando:—Es á usted solo á quien quiero hablar.—¡Bah!—repuso el joven.—Este amigo es un buen chico; todo lo puede oír; es mi testigo.

El testigo sentóse pesadamente en una silla. Sin descubrirse recorrió la estancia con la vista, sonriendo estúpidamente, como los borrachos y la gente grosera, cuando se disponen á ser insolentes. Felicidad, avergonzada, se puso delante de la puerta para que no viesen los transeuntes la clase de gente que recibía en su casa. Por fortuna su marido llegó en su socorro y se entabló una cuestión muy agria con su hermano; éste, cuya lengua torpe balbuceaba injurias, repitió más de veinte veces los mismos argumentos. Acabó por llorar, y en poco estuvo que su camarada no le imitase. Pedro se había defendido muy bien.

—Vamos—dijo por fin;—es usted un desgraciado y me da lástima. Por más que me ha insultado cruelmente, no olvido que tenemos la misma madre. Si le doy algo, conste que lo hago por voluntad, no por miedo. ¿Quiere usted cien francos para acabar la cuestión?

Aquel brusco ofrecimiento de cien francos deslumbró al compañero de Antonio; miró á su camarada, é hizo un gesto, que equivalía á decir:—Desde el momento que el burgués ofrece cien francos, no hay que decirle más tonterías.—Antonio, que esperaba especular con las buenas disposiciones de su hermano, le contestó que si se burlaba de él; lo que exigía era su parte: diez mil francos.—Haces mal; te equivocas—murmuraba su amigo. Por fin, al ver que Pedro, impaciente, se disponía á echarles á la calle, Antonio redujo sus pretensiones, y sólo reclamó mil

francos. Más de un cuarto de hora disputaron por aquella cantidad. La gente empezaba á agru-arse delante de la puerta.

—Vaya—dijo vivamente Felicidad de pronto.—Mi marido dará á usted doscientos francos, y yo me encargo de comprarle un traje completo y alquilarle por un año una habitación.

Rougon se enfadó, pero el compañero de Antonio, entusiasmado, exclamó:—Está dicho; mi amigo acepta.—Y Antonio, con aire ambiguo, declaró que en efecto aceptaba; comprendió que no conseguiría nada más. Convinieron en que al otro día le serían enviados el dinero y el traje, y que algunos días después, cuando Felicidad hubiese encontrado habitación, podría instalarse en ella. Al retirarse, el borracho compañero de Antonio mostróse tan respetuoso como grosero é insolente se había presentado al entrar; saludó más de diez veces á la compañía, y con aire torpe y humilde murmuraba frases de gratitud, cual si los dones de Rougon fuesen para él.

Una semana después, Antonio ocupaba una buena habitación del barrio viejo, en la cual Felicidad, dando más valor que merecían á las promesas del joven de dejarlos tranquilos en adelante, había hecho poner una cama, una mesa y sillas. Adelaida vió sin pena partir á su hijo. Quedaba condenada á más de tres meses de pan y agua por su corta estancia en la casa.

Pronto se comió y se bebió Antonio los doscientos francos; ni un momento siquiera se le ocurrió la idea de emplearlos en algo que le ayudara á vivir. Cuando se le acabaron, no teniendo oficio y repugnándole trabajar, trató de sangrar de nuevo la bolsa de Rougon, pero las circunstancias habían variado, y nada consiguió. Pedro aprovechó la ocasión para echarlo á la calle, y prohibirle que volviera á su casa.

Inútil fué que volviese á sus acusaciones: la ciudad, que conocía la munificencia de su hermano, con la que Felicidad había hecho mucho ruido, le culpó y le trató de vago. Entretanto el hambre le apretaba; amenazó con hacerse contrabandista como su padre y cometer algún delito que deshonrase á la familia. Los Rougon se encogieron de hombros: sabían que era demasiado cobarde para exponer la piel. Por fin, lleno de sorda rabia contra sus parientes y contra la sociedad entera, se decidió á buscar trabajo.

En una taberna del arrabal había trabado amistad con un cestero que trabajaba en las casas, le ofreció ayudarle, y en poco tiempo aprendió á tejer cestas y canastos, groseros objetos que vendía á poco precio, pero fácilmente, en el mercado. No tardó en trabajar por su cuenta; aquel oficio poco fatigoso le gustaba; era dueño de su pereza, y esto es lo que pedía sobre todo. Se ponía á trabajar cuando no tenía más remedio; tejiendo de prisa y corriendo una docena de cestas, que iba á vender al mercado. Mientras le duraba el dinero, no hacía más que pasear, frecuentar las tabernas y tomar el sol; pero cuando pasaba un día en ayunas, tornaba á coger los mimbres, y emprendía la tarea, refunfuñando maldiciones contra los ricos, que vivían sin hacer nada. El oficio de cestero, tomado así, es muy ingrato; ni para comprar zapatos hubiese ganado, si no se arregla para proporcionarse las mimbres baratas. Como no las compraba nunca en Plassans, decía que iba á proveerse todos los meses á una ciudad vecina, donde se las vendían más arregladas; pero la verdad era que se surtía en los mimbrales del Viorne, aprovechando las noches oscuras; una vez sorprendióle el guarda de campo, y le costó un mes de cárcel. Desde entonces se hizo republicano rabioso; aseguraba que cuando lo prendieron

fumaba tranquilamente su pipa á la orilla del río, y añadía:—Quieren deshacerse de mí, porque saben mis opiniones; pero no temo á esos canallas de ricos.—Sin embargo, á los diez años de holgazanería parecióle que trabajaba demasiado. Su sueño dorado era inventar la manera de vivir sin hacer nada, mas no por eso su pereza se hubiese contentado con pan y agua como algunos holgazanes que consienten en permanecer hambrientos con tal de poder cruzarse de brazos: él quería buenas comidas y hermosos días de holganza. Al principio ideó entrar en el servicio de algún noble del barrio de Saint-Marc; pero un palafrenero, amigo suyo, le metió miedo contándole las exigencias de su amo. Harto de sus cestas, y viendo llegar el día en que tendría que comprar las mimbras, iba á venderse como sustituto y á reanudar la vida de soldado, que prefería mil veces á la de obrero, cuando conoció á una mujer, y este encuentro modificó sus planes.

Josefina Gavaudan, á quien conocían en la ciudad por el diminutivo de Fina, era una mocetona fresca y garrida, de treinta años; su rostro cuadrado, de anchura masculina, tenía en la barba y sobre los labios pelos raros. Considerábanla como un marimacho capaz de andar á puñetazos si la ocasión se presentaba. Sus anchas espaldas, sus brazos enormes, imponían tal respeto á los granujillas, que no se atrevían á reirse de sus mostachos, que obscurecían su piel, dándole cierto aspecto negruzco. A pesar de esto, tenía una vocécita de niño, delgada y clara.

Los que la trataban, afirmaban que, á pesar de su continente tremendón, era dulce como un cordero y muy trabajadora, tanto, que á no ser por su afición á la bebida, hubiera muy bien podido tener ahorros; pero adoraba el anisete; muchos domingos por la tarde había que llevarla á su

casa. Trabajaba toda la semana con terquedad de bestia; tenía tres ó cuatro oficios: vendía castañas cocidas ó fruta en el mercado, según la estación; asistía en algunas casas de gentes bien acomodadas; iba á fregar la vajilla en casa de los burgueses los días de gala, y empleaba sus ocios en echar asientos de anea á las sillas viejas. Esta última ocupación era conocida de toda la ciudad; en el Mediodía se hace gran consumo de sillas de paja, que son las más usadas.

Antonio Macquart la conoció en el mercado. Cuando iba á vender sus cestas durante el invierno, acercábase á calentarse al hornillo en que Fina cocía sus castañas, y se asombró de su actividad, él, á quien espantaba el más pequeño trabajo. Poco á poco, bajo el aspecto rudo de aquella fuerte comadre, descubrió timideces y bondades secretas; á veces la veía dar puñados de castañas á los chiquillos harapientos que se paraban extasiados ante su humeante marmita; otras, cuando el inspector del mercado la empujaba, casi lloraba, sin parecer que tenía conciencia de sus poderosos puños. Por fin acabó Antonio por decirle que aquella era la mujer que le convenía; ella trabajaría por los dos, y él mandaría en la casa: sería su bestia de carga, una bestia obediente é infatigable; cuanto á su afición á los licores, la encontraba perfectamente natural. Después de bien pesadas las ventajas de aquella unión, un día le declaró su amor. Fina quedó encantada; jamás hombre alguno había osado acercarse á ella. En vano fué que le dijeran que su novio era un bribón de siete suelas; no tuvo valor para renunciar al matrimonio, reclamado harto enérgicamente por su poderoso organismo desde hacía largo tiempo.

Desde la noche de la boda, Macquart se fué á vivir al cuarto de su mujer, calle de Civadière,

cerca del mercado; componíase de tres habitaciones, y estaba mucho mejor amueblado que el suyo. Cuando se acostó sobre los dos magníficos colchones de la cama de Fina, exhaló un suspiro de satisfacción.

Los primeros días todo fué á pedir de boca; Fina trabajaba, como siempre, en sus múltiples oficios; Antonio, como si su amor propio de marido le prestase un valor y actividad de que él mismo se asombraba, tejió en una semana más cestas que antes en un mes; pero el domingo estalló la guerra. Había en casa una suma regular, que se gastó alegremente; por la noche, borrachos los dos, se zurraron de lo lindo, sin que les fuera posible á la mañana siguiente recordar cómo había empezado la riña. Habían estado muy tiernos hasta cerca de las diez, después Antonio acarició tan brutalmente á Fina, que ella, exasperada, olvidando su dulzura, le devolvió tantas bofetadas como había recibido. Al día siguiente volvió al trabajo como si nada hubiera pasado; pero su marido, con sordo rencor, se levantó tarde, se fué á la calle, y pasó todo el día fumando su pipa al sol.

A partir de aquel momento, los Macquart emprendieron el sistema de vida que debían seguir siempre, y tácitamente convinieron en que la mujer sudaría sangre y agua para mantener al marido; Fina, que por instinto era trabajadora, no protestó. Cuando no estaba borracha tenía una paciencia angelical, encontrando muy natural que su hombre fuera perezoso; su peccadillo, el anisete, la tornaba, no mala, sino justa: las noches que se había trastornado ante una botella de su licor favorito, si Antonio le buscaba cuestión, caía sobre él con los brazos remangados, echándole en cara su holgazanería y su ingratitud; los vecinos, acostumbrados á aquellas periódicas luchas,

no les daban importancia. Se aporreaban á conciencia; Fina pegaba como la madre que corrige á un chiquillo rebelde; pero Antonio, traidor y rencoroso, calculaba sus golpes, y varias veces estuvo á punto de estropear á la infeliz, que le decía:—Medrado estarás el día que me hayas roto un brazo ó una pierna. ¿Quién te mantendrá entonces, holgazán?

Aparte de estas escenas violentas, Antonio estaba muy contento con su nueva manera de vivir, y hallábala muy soportable. Andaba bien vestido, comía y bebía á su antojo; había abandonado por completo la cestería. Algunas veces, cuando se aburría demasiado, formaba el propósito de hacer una docena de cestas para el primer día de mercado; pero á menudo no terminaba siquiera la primera. Conservó sobre un canapé un fajo de mimbre, que no gastó en veinte años.

Los Macquart tuvieron tres hijos: dos niñas y un muchacho. Lisa, la primera, nació el año 1827, uno después de la boda, y permaneció poco en la casa. Era una criatura robusta y bella, muy sana, muy sanguínea y parecidísima á su madre; pero no debía tener su abnegación de bestia de carga: Macquart le había legado sus aficiones al bienestar; siendo aún muy pequeña, consentía trabajar toda la semana á cambio de un dulce. Aún no contaba siete años, cuando una vecina, casada con el administrador de Correos, le cobró cariño, y la tomó á su servicio. En 1839 enviudó la señora, retiróse á París, y llevó consigo á Lisa; sus padres se la cedieron. La segunda, Gervasia, nacida al año siguiente, era coja de nacimiento. Concebida en la embriaguez, sin duda durante aquellas vergonzosas noches en que sus padres solían aporrearse, tenía la cadera derecha desviada y enflaquecida, extraña reproducción hereditaria de las brutalidades que su padre hiciera

con su madre en una hora de lucha y crápula furiosa. Gervasia se crió raquítica, y Fina, al verla tan débil y tan pálida, la sometió al régimen del anisete, so pretexto de que necesitaba tomar fuerzas; la pobre criatura enflaqueció más aún. Era una mozuela delgada como una espátula, cuyas ropas, siempre anchas, flotaban como vacías; sobre su cuerpo enteco y contrahecho alzábase una deliciosa cabeza de muñeca, una carita pálida y redonda de delicadeza exquisita. La cojera era casi una gracia; al andar, su talle flexible se balanceaba con cierta cadencia. El hijo de Macquart, Juan, nació tres años más tarde; era un mozo robusto que no hacía recordar la flacura de Gervasia; tenía algo de su madre, como la hija mayor, sin el parecido físico. Fué el primer Rougon-Macquart que nació con facciones regulares, y que tenía la crasa frialdad de una naturaleza seria y poco inteligente. Creció con la firme voluntad de crearse algún día una posición independiente; frecuentó con asiduidad la escuela, y á fuerza de quebrarse la cabeza, que la tenía muy dura, logró aprender algo de aritmética y ortografía. Se puso en seguida á oficio, renovando los mismos esfuerzos, terquedad doblemente meritoria, puesto que necesitaba un día para aprender lo que otros saben en una hora.

En tanto que los pobres pequeños vivieron á costa de la casa, Antonio gruñó: eran bocas inútiles que le roían su parte, y juraba, como su hermano, que no quería más hijos, más hambro-nes, capaces de dejar en la miseria á sus padres. Había que oírle lamentarse desde que eran cinco á la mesa, y la madre daba los mejores bocados á Juan, á Lisa y á Gervasia.—¡Eso, eso!—gritaba.—¡Atrácalos! ¡Haz que revienten!—Cada traje, cada par de zapatos que Fina les compraba, costábale á Macquart una semana de mal humor.

¡Ah! Si hubiera sabido aquello, no hubiese engrandado semejante rémora, que le obligaba á no fumar más que cuatro *sous* de tabaco al día y que hacía que le pusiesen con frecuencia gui-sado de patatas, plato que despreciaba profundamente.

Pero tan luego como Gervasia y Juan le llevaron piezas de veinte *sous*, encontró que los chicos tenían algo de buena. Lisa ya no estaba con ellos. Sin el menor escrúpulo vivía Macquart á costa de los niños, como lo hizo hasta entonces á expensas de la madre; era una especulación muy cómoda. Desde los ocho años, Gervasia iba á cascar almendras en casa de un comerciante vecino: ganaba cincuenta céntimos diarios, que se embolsaba el padre, sin que Fina se atreviese á protestar; luego entró en casa de una lavandera, y cuando llegó á ganar dos francos, se perdieron lo mismo entre las manos de Macquart. Juan, que había aprendido el oficio de carpintero, era asimismo despojado del dinero como tropezara con su padre antes de entregárselo á Fina. Si alguna vez perdía éste la ocasión y se le escapaba, se ponía de un humor insoportable: durante la semana miraba á sus hijos y á su mujer con furiosos ojos y armábales quimera por cualquier pequeñez; pero aún conservaba el pudor de no manifestar la causa de su irritación. Al siguiente día de pago poníase en acecho, y cuanto conseguía escamotear los jornales, desaparecía días enteros.

Gervasia, maltratada, educada en la calle con los chiquillos de la vecindad, quedó en cinta á los catorce años; el padre de la criatura apenas contaba dieciocho; era jornalero de una tenería, y se llamaba Lantier. Macquart se puso furioso; mas cuando supo que la madre de Lantier, una buena mujer, quería llevarse al nieto, se calmó,

conservó á Gervasia, que ganaba ya dos francos veinticinco céntimos, y evitó hablar de matrimonio. Cuatro años después tuvo la muchacha otro hijo, que también fué reclamado por su abuela. Macquart esta vez cerró por completo los ojos, y cuando Fina le dijo tímidamente que convendría dar algún paso para regularizar aquella escandalosa situación, causa de muchas habillitas, repuso rotundamente que no consentiría en separarse de su hija, y que no se la daría al seductor «hasta que fuese digno de ella y tuviese ahorros bastantes para poner la casa».

Aquella fué la época mejor de la vida de Antonio Macquart. Se vistió como un burgués, con su gabán y su pantalón de paño fino; cuidadosamente afeitado, gordo casi, ya no era el ganapán desharrapado y vagabundo que recorría las tabernas, frecuentaba los cafés, leía los periódicos y paseaba en la avenida de Sauvaire. Mientras tenía dinero andaba hecho una persona decente; los días de escasez encerrábase en su casa, exasperado por no poder ir á tomar su tacita de café; aquellos días acusaba al género humano entero de su pobreza y se ponía malo de cólera y de envidia, hasta el punto de que muchas veces Fina, por lástima, le daba el último franco que tenía para que pasase la tarde en el café. Era un egoísmo feroz el suyo: Gervasia ganaba unos sesenta francos al mes, y llevaba vestidos de indiana, en tanto que él se mandaba hacer chalecos de raso negro en casa de uno de los mejores sastres de Plassans. Juan, aquel mocetón que ganaba de tres á cuatro francos diarios, era desvalijado con mayor descaró todavía. El café en donde su padre pasaba los días enteros estaba enfrente del taller de su maestro, y mientras manejaba la sierra ó la garlopa, podía ver al otro lado de la plaza al señor Macquart azucarando su café y

jugando al *piquet* con algún pequeño propietario; es decir, jugándose su dinero. El nunca iba al café, y no llevaba encima jamás cinco *sous* para tomar un vaso de ponche; Antonio le trataba como á una chica, no dándole un céntimo y pidiéndole estricta cuenta del empleo de su tiempo. Si el desgraciado, seducido por sus camaradas, perdía un día de jornal en alguna jira campestre al borde del Viorne ó en las laderas de Garrigues, su padre se ponía furioso; amenazábale y le guardaba rencor por espacio de muchos días por los cuatro francos menos que cobraba al acabar la quincena. Tenía á su hijo en tal estado de interesada dependencia, que llegaba á considerar como suyas á las chicas que el carpintero cortejaba. Iban á casa de los Macquart varias obreras de dieciséis á dieciocho años, amigas de Gervasia, atrevidas y alegres, cuya pubertad se despertaba con ardores provocativos y que algunas noches inundaban la vivienda de juventud y alegría.

El pobre Juan, privado de todo goce, preso en el hogar por la falta de dinero, miraba á las jóvenes aquellas con ojos brillantes de deseo; pero la vida que le hacían llevar le daba una timidez invencible, y jugaba con las amigas de su hermana sin atreverse apenas á tocarlas con la punta de los dedos. Macquart, encogiendo los hombros de lástima, murmuraba: — ¡qué inocente! — con acento de superioridad irónica, y él era quien besaba á las jóvenes en el cuello cuanto su mujer volvía la espalda. Hasta llevó las cosas más lejos con una planchadorcita, á quien Juan persiguió con más ahinco que á las otras: una noche se la robó de entre los brazos; aquel viejo bribón presumía de galante.

Hay hombres que viven de una querida; Antonio Macquart vivía así de su mujer y de sus

hijos, con tanto impudor y tan vergonzosamente. Sin ningún reparo robaba en su casa para ir á derrochar fuera el fruto de su rapiña, y aun tomaba una actitud de hombre superior; no volvía del café sino para burlarse amargamente de la miseria que en su hogar le esperaba; parecíale detestable la comida y declaraba que Gervasia era una estúpida y que Juan no sería nunca hombre. Encenagado en sus placeres egoístas, restringábase las manos cuando se había comido el mejor bocado, y luego, mientras los dos pobres niños, rendidos de cansancio, se dormían de codos sobre la mesa, fumaba beatíficamente su pipa.

Pasaba los días sin hacer nada, y era dichoso; parecíale natural que le mantuviesen como á una muchacha, reposar su pereza sobre los bancos de una taberna y pasearla á las horas que hacía fresco en la plaza ó en el Mail; concluyó por contar sus aventuras amorosas delante de su hijo, que le escuchaba con los ardientes ojos del hambriento. Acostumbrados á ver á su madre esclava sumisa de su marido, los niños no protestaban. Fina, aquella mocetona que se imponía cuando estaban borrachos los dos, volvía á temblar ante él cuando se hallaba en su sano juicio y lo dejaba reinar como déspota en el hogar. Cuando por la noche, aprovechándose del menor descuido, le robaba el dinero ganado á fuerza de trabajo durante el día, permitíase sólo algunos encubiertos reproches. A veces él, cuando se había comido por adelantado todo el dinero de la semana, acusaba á aquella desgraciada, que se mataba trabajando de no tener cabeza y no saber salir adelante con el negocio. Fina, con una mansedumbre de cordero, respondía con su vocecita clara, extraña porque procedía de tan enorme cuerpo, que ya no tenía veinte años, y que costaba mucho ganar el dinero. Para consolarse, compraba un litro de

anisete, y bebía por la noche con su hija algunas copitas mientras Antonio estaba en el café; esta era su orgía. Juan se acostaba, y las dos mujeres permanecían en la mesa con el oído atento para esconder la botella y las copas al menor ruido. Cuando Macquart se retrasaba, ocurría que se embriagaban á pequeñas dosis sin tener conciencia de ello. Embrutecidas, mirándose con vaga sonrisa, aquella madre y aquella hija acababan por balbucear; manchas rosáceas se pintaban en las mejillas de Gervasia; su carita de muñeca, tan delicada y tan bella, tomaba un aspecto de beatitud estúpida, y nada más chocante que aquella niña raquítica y pálida abrasada por el alcohol y teniendo sobre sus labios húmedos la risa idiota de los borrachos; Fina caía sobre su silla; olvidaban á veces que estaban en acecho ó no se sentían con fuerza para quitar las botellas y los vasos cuando oían los pasos de Antonio en la escalera. En días como éstos había golpes en casa de los Macquart, y era preciso que Juan saltara del lecho, separase á sus padres, y llevase á la cama á su hermana, que de otra suerte hubiese dormido en el suelo.

Cada partido tiene sus tipos ridículos é infames. Antonio Macquart, roído por el odio y la envidia, soñando vengarse de la sociedad entera, acogió la República como una era venturosa en que le sería permitido llenarse los bolsillos en la caja del vecino, y hasta estrangularlo si mostraba el menor descontento. Su vida de café, los artículos de los periódicos que leía sin comprenderlos, habíanle trocado en un charlatán que emitía las más peregrinas teorías políticas.

Preciso es haber oído en provincias en algún cafetucho perorar á uno de esos envidiosos que han digerido mal la lectura, para imaginarse hasta qué grado de estúpida maldad había llegado

Macquart. Como hablaba á troche y moche, y había sido soldado, pasaba por hombre enérgico, y era rodeado y escuchado por los cándidos. Sin llegar á ser jefe de partido, contaba con un pequeño grupo de obreros, que tomaba su palabra de envidioso por la exaltación honrada de un convencido. Desde Febrero habíase dicho que Plassans le pertenecía, y la manera burlona con que miraba al pasar por las calles á los pequeños comerciantes, que permanecían asustados en la puerta de sus tiendas, significaba claramente: «Nuestro día ha llegado, borregos míos, y vamos á haceros bailar en la cuerda floja.» Habíase tornado insolente hasta más no poder: representaba su papel de conquistador y déspota hasta el punto que dejó de pagar en el café, y el dueño, un cándido que temblaba ante sus ojos amenazadores, jamás se atrevía á presentarle la cuenta. El número de tazas de café que se tomó en aquella época fué incalculable; á veces convidaba á sus amigos, y durante horas enteras gritaba que el pueblo se moría de hambre y que los ricos debían repartir sus bienes. El no hubiese dado un sou á un pobre.

Lo que sobre todo hizo de él un republicano feroz, fué la esperanza de vengarse de los Rougon, que se afiliaban francamente en las filas reaccionarias. ¡Ah! ¡Qué triunfo, si pudiese un día tener á merced suya Felicidad y á Pedro! Aunque habían hecho muy malos negocios, eran burgueses, mientras él seguía siendo obrero; esto lo ponía fuera de sí. Todavía le mortificaba más pensar que ellos tenían un hijo abogado, otro médico, otro empleado, mientras que su Juan trabajaba en casa de un carpintero, y su Gervasio en casa de una planchadora. Cuando comparaba los Rougon con los Macquart, sentíase avergonzado, pensando en que su mujer vendía castañas

en el mercado y componía por las noches las grasientas sillas del barrio, y, sin embargo, Pedro era su hermano y no tenía mejor derecho á vivir tranquilamente de sus rentas; por otra parte, con el dinero que le había robado era con el que se daba hoy aires de señor. Cuando pensaba en esto, salía de sus casillas: pasaba horas enteras reproduciendo sus antiguas acusaciones, sin cansarse de repetir:—Si mi hermano estuviese donde merece, á estas horas sería yo propietario.—Y cuando le preguntaban dónde debía estar su hermano, respondía con voz terrible:—¡En presidio!...

Cuando Rougon formó el grupo de conservadores que le rodeaba, y adquirió así alguna influencia en Plassans, el odio de Antonio rayó en delirio. El famoso salón amarillo era, según decía en el café á su auditorio de costumbre, una cueva de bandidos, una reunión de ladrones, que todas las noches, sobre la cruz de sus puñales, hacían el juramento de degollar al pueblo. Para excitar contra Pedro á los hambrientos, hizo correr la voz de que no era tan pobre como decía, y que ocultaba sus tesoros por avaricia y por miedo á los ladrones. Su táctica se dirigió á amotinar á las pobres gentes contándoles historias capaces de hacerlos dormir de pie, y en las que acabó por creer él mismo. Bajo el velo del patriotismo más puro, ocultaba mal sus rencores personales y sus deseos de venganza; pero se multiplicaba de tal suerte, tenía una voz tan atronadora, que nadie se hubiese atrevido entonces á dudar de sus convicciones.

En el fondo, todos los individuos de aquella familia tenían la misma rabia de apetitos brutales. Felicidad comprendía que las opiniones exaltadas de Macquart no eran más que cóleras contenidas y agriados celos; de buena gana hubiese comprado

su silencio, mas, por desgracia, faltábale dinero, y no se atrevía á interesar á Antonio en la peligrosa partida que jugaba su marido. Les hacía mucho daño entre los ricachos del barrio nuevo; bastaba con que fuese su pariente. Granoux y Roudier les echaban á cada paso en cara con sus desaires tener semejante hombre en la familia; así es que Felicidad se preguntaba con angustia cómo llegarían á lavarse de aquella mancha. Parecíale monstruoso é indecente que Rougon tuviera un hermano cuya mujer vendiese castañas en el mercado, mientras que él vivía en crapulosa holgazanería, y acabó por temer respecto al éxito de sus secretos manejos, que Antonio comprometía como si lo hiciese adrede. Siempre que le contaban las diatribas que dirigía en público contra el salón amarillo, temblaba pensando que era muy capaz de matar todas sus esperanzas á fuerza de escándalos.

Convencido de que aquella actitud perjudicaba á los Rougon, Antonio exageraba sus opiniones, y se proclamaba cada vez más feroz republicano, para apurarles la paciencia. En el café llamaba á Pedro «mi hermano», en voz tan alta, que todos los parroquianos volvían la cabeza; en la calle, si tropezaba con algún reaccionario del salón amarillo, murmuraba sordas infamias, que el digno burgués, confundido por tanta audacia, repetía por la noche á los Rougon, pareciendo hacerles responsables del mal encuentro que había tenido. Un día Granoux llegó tan furioso, que desde el umbral del salón exclamó:—¡Es intolerable esto! ¡A cada paso le insultan á uno!—Y dirigiéndose á Pedro, prosiguió:

—Caballero, cuando se tiene un hermano como el de usted, se libra de él á la sociedad. Venía yo tranquilamente por la plaza de la Subprefectura, y al pasar junto á mí ese miserable murmuró

ciertas palabras, entre las cuales distinguí perfectamente las de ¡viejo bribón!—Felicidad palideció, y se creyó obligada á dar satisfacciones á Granoux; pero el bueno del hombre no se daba por satisfecho, y hasta indicó que no volvería á aquella casa.

El marqués se apresuró á intervenir.

—Es muy extraño—dijo,—que ese desgraciado le haya llamado viejo bribón. ¿Está usted seguro de que la injuria se dirigía á usted?

Granoux quedó perplejo y acabó por reconocer que bien podía haber dicho: «¿Vas todavía á casa de ese viejo bribón?» M. de Carnavant se acarició la barba para ocultar la sonrisa que, á pesar suyo, le subía á los labios. Rougon dijo entonces con la mayor sangre fría:

—Me lo figuraba; ese viejo bribón debo ser yo. Me felicito de que se haya explicado esa mala inteligencia. Se lo suplico, señores: huyan ustedes del hombre de que se trata y de quien reniego formalmente.

Felicidad tomaba las cosas más á pecho, y cada escándalo de Macquart le costaba casi una enfermedad; pasaba las noches enteras preguntándose qué pensarían aquellos caballeros.

Algunos meses antes del golpe de Estado, los Rougon recibieron un anónimo, tres páginas de innobles injurias, en medio de las que se les amenazaba, si algún día triunfaba su partido, con publicar en un periódico la historia escandalosa de los antiguos amores de Adelaida y el robo cometido por Pedro haciendo firmar un recibo de cincuenta mil francos á su madre, convertida en idiota por el libertinaje. Aquella carta fué un golpe de maza hasta para Rougon. Felicidad no pudo contenerse, y le echó en cara su sucia y vergonzosa familia; porque era indudable que el documento procedía de Antonio.—Será menester que

nos desembaracemos á todo trance de ese canalla—murmuró Pedro con acento sombrío.—Es demasiado molesto.

Entretanto Macquart, siempre con la misma táctica, buscaba cómplices entre su propia familia. Al principio había creído contar con Aristides, al leer sus terribles artículos de *El Independiente*; pero el joven, aunque cegado por rabiosos celos, no era tan necio que fuese á aliarse con un hombre como su tío; ni siquiera se tomó el trabajo de estar bien con él, y supo tenerle á distancia, lo que le valió ser tratado por Antonio de sospechoso. En los bodegones donde reinaba éste, corrió la voz de que el periodista era un agente provocador. Derrotado por esta parte, quedábale sólo sondear á los hijos de su hermana Ursula.

Ursula había muerto en 1839, realizando así la siniestra predicción de su hermano: la neurosis de su madre degeneró en una tisis lenta, que la fué consumiendo poco á poco. Dejó tres hijos: una hembra de dieciocho años, Elena, casada con un empleado, y dos varones, Francisco y Silverio, que respectivamente contaban veintitrés y dieciséis.

La muerte de aquella mujer, á quien adoraba, fué un rayo para Mouret. Pasó un año arrastrando la existencia, sin ocuparse de nada, y perdiendo el dinero que había ahorrado. Una mañana lo encontraron ahorcado en un gabinete donde estaban colgados todavía los vestidos de Ursula. Su hijo primogénito, á quien había dado una buena instrucción comercial, entró como dependiente en casa de su tío Rougon en reemplazo de Aristides, que acababa de dejar la casa.

A pesar del odio que por los Macquart sentía Rougon, aceptó con buena voluntad á su sobrino, por saber que era sobrio y trabajador; necesitaba un joven inteligente y desinteresado que le ayu-

dase á rehacer sus negocios. Además, durante la prosperidad de Mouret, habíase aficionado á aquel matrimonio que ganaba dinero, y acabó por hacer las paces con su hermana. Acaso colocando en su comercio á Francisco pretendía ofrecerle una compensación: había despojado á la madre, y se evitaba los remordimientos dando trabajo al hijo; los bribones suelen tener estos cálculos de honradez. Para él fué un buen negocio: en su sobrino encontró lo que necesitaba. Si los negocios no marcharon mejor, no podía acusarse de ello á aquel muchacho tranquilo y meticoloso, que parecía nacido para vivir detrás del mostrador entre una tinaja de aceite y un fardo de bacalao. Aunque se parecía mucho en lo físico á su madre, había heredado de su padre el sentido práctico y la idea de la justicia, amando por instinto la vida arreglada y los cálculos seguros del comercio al por menor.

Tres meses después de entrar en casa de Pedro, continuando éste su sistema de compensación, le dió en matrimonio á Marta, su hija pequeña, de quien no sabía cómo deshacerse. En pocos días, de repente, habíanse enamorado los dos jóvenes. Su ternura mutua, desarrollada tan de súbito, nació sin duda de una circunstancia muy singular: se parecían extraordinariamente, como si fueran hermanos. Francisco, por Ursula, tenía el semblante de su abuela Adelaida. El caso de Marta era todavía más extraño: era también el retrato perfecto de Adelaida, aunque Pedro no tenía ningún rasgo de su madre claramente marcado: la semejanza física había saltado por encima de Pedro, para reaparecer en su hija con mayor energía. Por lo demás, la fraternidad de los jóvenes esposos se limitaba al semblante. Si se encontraba en Francisco al digno hijo del sombrerero Mouret, metódico y de sangre un poco pesada,

Marta tenía el desarreglo interior de su abuela, de quien era, aunque lejana, la extraña y exacta reproducción. Acaso fueran á la vez su semejanza física y su desemejanza moral las que echaron á uno en brazos del otro. Desde 1840 hasta 1844 tuvieron tres hijos; Francisco siguió en casa de su tío hasta que éste dejó el comercio; Pedro quiso traspasarle la tienda, pero el joven, conocedor de las pocas esperanzas que en Plassans podía ofrecerle aquella industria, rehusó, y con sus pequeñas economías fué á establecerse en Marsella.

Pronto tuvo que renunciar Macquart á arrastrar en su campaña contra los Rougon á aquel joven laborioso, á quien trataba de avaro y ladino por un rencor de holgazán; mas creyó descubrir al cómplice que buscaba en Silverio, el hijo segundo de Mouret, que apenas tenía quince años.

Cuando se encontró á Mouret ahorcado entre las sayas de su mujer, el pequeño Silverio no iba aún á la escuela; su hermano, no sabiendo qué hacer de aquella pobre criatura, llevóle consigo á casa de su tío, pero éste puso mala cara: no entraba en sus cálculos llevar sus compensaciones hasta alimentar una boca inútil. Silverio, á quien Felicidad miraba también con malos ojos, crecía entre lágrimas como un infeliz abandonado, cuando Adelaida, en una de las rarísimas visitas que hacía á su hijo, tuvo lástima de él y pidió llevarse-lo á su casa. Pedro aceptó con verdadero entusiasmo: dejó ir al niño, pero sin hablar de aumentar la pequeña pensión de su madre, que desde entonces debía servir para dos.

Adelaida tenía entonces cerca de setenta y cinco años. Envejecida en una existencia monacal, no era ya aquella mujer delgada y ardiente que corría á abrazarse al cuello del contrabandista Macquart; se había acartonado como una momia

en el fondo de su casucha del callejón de Saint-Mittre, aquella madriguera silenciosa y triste donde vivía completamente sola, sin salir á la calle más que una vez al mes, alimentándose con patatas y legumbres secas. Al verla pasar, hubiérase dicho que era una de esas viejas religiosas de suaves blancuras, de rostro amarillo y andar automático, á quienes el claustro ha separado de este mundo; su cara lívida, siempre rodeada por una cofia blanca, parecía la de un moribundo; era una máscara vaga, de una indiferencia suprema. La costumbre del silencio habíala tornado muda: la constante obscuridad de su morada y la presencia perpetua de los mismos objetos habían apagado el brillo de sus ojos; en sus pupilas reinaba la calma de la superficie de un arroyo. Era aquella una renuncia absoluta; una muerte física y moral, que había trocado poco á poco en grave matrona á la frenética enamorada. Cuando fijaba los ojos maquinalmente, mirando sin ver por aquellos dos agujeros diáfanos y claros, advertíase un gran vacío interior. Nada quedaba de sus antiguos voluptuosos ardores más que una molicie de la carne, un temblor senil de las manos. Había amado con brutalidades de loba, y de aquel pobre organismo gastado, bastante descompuesto ya para el ataúd, no se exhalaban más que insípidos olores de hoja seca. ¡Extraño trabajo de los nervios, ásperos deseos que se habían devorado á sí mismos en imperiosa é involuntaria castidad! Sus deseos de amor, después de la muerte de Macquart, aquel hombre necesario á su vida, habían ardido en ella devorándola como á una joven enclaustrada, sin que una sola vez pensara en satisfacerlos. Una vida de vergüenza la hubiera dejado menos quebrantada, menos embrutecida que aquella ansia insaciable que la destrozaba con secretos y lentos esfuerzos que modificaban